



TESIS 24

Liturgia en la vida de la Iglesia

Desarrollo sistemático para el estudio y la exposición oral

Enunciado. La liturgia cristiana, en el contexto de las distintas formas de culto a Dios de la humanidad, expresa una novedad radical al ser manifestación de y participación en el sacerdocio de Cristo, en el que la creación y la historia se abren a la vida trinitaria de Dios en «Espíritu y Verdad». En este sentido, la liturgia tiene su centro en el Misterio Pascual de Cristo, del que es memorial, algo que se plasma de forma pedagógica a través de todo el Año Litúrgico. De esta manera, se convierte en culmen y fuente de toda la acción de la Iglesia.

0 Clave de lectura de la tesis

La tesis no define la liturgia desde el rito considerado aisladamente, sino desde la historia de la salvación. Su hilo lógico parte de la búsqueda religiosa del hombre, pasa por la novedad de Jesucristo y culmina en la vida de la Iglesia. La liturgia es cristiana porque en ella Cristo, único Sacerdote, asocia a su Cuerpo eclesial a su propia Pascua, por la fuerza del Espíritu, para gloria del Padre y santificación del mundo (SC 5-7; CCE 1066-1070).

1 · CULTO La apertura humana a Dios y la preparación de Israel.	2 · NOVEDAD El culto filial «en Espíritu y Verdad» inaugurado por Cristo.
3 · SACERDOCIO La acción de Cristo Cabeza con su Cuerpo, la Iglesia.	4 · PASCUA El acontecimiento central: muerte, resurrección y glorificación.
5 · MEMORIAL El único Misterio se hace sacramentalmente presente.	6 · TIEMPO El Año Litúrgico despliega la totalidad del Misterio.
7 · IGLESIA La misión tiende a la liturgia y de ella recibe su fuerza.	SÍNTESIS Del Padre, por el Hijo, en el Espíritu; y en el Espíritu, por el Hijo, al Padre.

Tesis de fondo: la liturgia es acción trinitaria, cristológica, eclesial, sacramental, pascual y escatológica. Toda explicación correcta debe mantener unidas esas dimensiones.

1 El culto humano y la preparación bíblica

La liturgia cristiana aparece «en el contexto de las distintas formas de culto a Dios». La historia religiosa de la humanidad testimonia una apertura constitutiva a la trascendencia: el ser humano reconoce que no se da a sí mismo la existencia y responde mediante adoración, súplica, acción de gracias, sacrificio, tiempos festivos, lugares y gestos simbólicos. El culto expresa así dependencia, comunión y búsqueda de sentido. Sin embargo, puede degradarse en magia -pretensión de dominar lo divino-, formalismo -rito sin conversión- o separación entre celebración y vida.

Israel: culto recibido como respuesta a la Alianza.

El culto bíblico no nace sólo de la iniciativa religiosa del hombre: es respuesta a un Dios que elige, libera y sella una Alianza. La Pascua hace memoria del Éxodo; el sábado confiesa al Creador y Libertador; la Palabra, el templo, los sacrificios y los salmos insertan al pueblo en una historia salvífica. La iniciativa es de Dios y la respuesta del pueblo adopta forma de bendición, escucha y obediencia. Por eso los profetas no rechazan el rito, sino el rito falsificado por la injusticia: Dios no acepta un culto desligado de la conversión, la misericordia y el derecho (Is 1,11-17; Am 5,21-24; Os 6,6).

Continuidad, cumplimiento y ruptura en Cristo.

Jesús participa en la vida cultural de Israel, pero lleva a plenitud la crítica profética: reconcilia culto y existencia, amor a Dios y amor al prójimo (Mt 5,23-24; Mc 12,28-34). La novedad no consiste en inventar una religiosidad más intensa, sino en que él mismo es el Templo verdadero, el Sacerdote y la ofrenda: su cuerpo sustituye al templo como lugar del encuentro definitivo con Dios (Jn 2,19-21), y su obediencia hasta la cruz lleva a cumplimiento las figuras sacrificiales (Hb 9,11-14; 10,5-14). El culto cristiano sólo se entiende desde la persona y la obra de Cristo.

2 La novedad radical: culto «en Espíritu y Verdad»

En el diálogo con la samaritana, la cuestión inicial es el lugar legítimo del culto: Garizín o Jerusalén. Jesús no opone simplemente un culto interior a otro ritual. Anuncia la «hora» en la que la adoración ya no quedará determinada por un santuario geográfico, porque tendrá su centro en su propia Pascua: «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad» (Jn 4,21-24).

- «En Espíritu»: el Espíritu Santo incorpora al creyente a la relación filial de Jesús y hace posible clamar «Abbá, Padre» (Rom 8,14-17; SC 6). No designa sólo sinceridad subjetiva.
- «En Verdad»: la verdad es la revelación cumplida en Cristo, que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). El culto verdadero responde a la iniciativa real de Dios manifestada en el Hijo.
- «Con la propia vida»: el creyente ofrece su existencia corporal como sacrificio vivo y culto espiritual (Rom 12,1). Esto no elimina la celebración: la Eucaristía hace posible y modela la ofrenda cotidiana.

Novedad decisiva: el culto cristiano no es ante todo el ascenso religioso del hombre hacia Dios, sino la participación, en el Espíritu, en la entrega filial del Hijo al Padre. El rito y la vida quedan inseparablemente unidos.

3 Manifestación y participación en el sacerdocio de Cristo

Sacrosanctum Concilium ofrece la formulación normativa: la liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; en ella los signos sensibles significan y realizan la santificación, y el Cuerpo Místico -Cabeza y miembros- ejerce el culto público íntegro (SC 7; CCE 1070). «Ejercicio» significa que el sacerdocio pascual de Cristo no es sólo recordado o explicado: actúa aquí y ahora en la celebración de la Iglesia.

Un único sujeto celebrante: Cristo total.

Cristo es el Liturgo principal, el único Mediador y Sumo Sacerdote que permanece para siempre (1 Tim 2,5; Hb 7,24-25). Pero nunca actúa separadamente de la Iglesia: asocia consigo a su Esposa, que invoca al Señor y por él da culto al Padre (SC 7). La acción litúrgica pertenece, por tanto, al Christus totus, Cabeza y Cuerpo. No es una acción privada del ministro ni una suma de devociones individuales de los asistentes, sino acción eclesial (SC 26; CCE 1136-1144).

Dos movimientos inseparables.

Movimiento descendente Santificación	El Padre comunica por Cristo, en el Espíritu, la gracia, la filiación y la comunión. Los signos no sólo informan: cada uno a su modo realiza lo que significa.
Movimiento ascendente Glorificación	La Iglesia, unida a la ofrenda del Hijo y movida por el Espíritu, bendice, da gracias, suplica y se ofrece al Padre.

Participar es entrar en la ofrenda de Cristo.

Por el Bautismo, todos los fieles reciben el sacerdocio común y son capacitados para ofrecer sacrificios espirituales y su propia vida (1 Pe 2,5.9). El sacerdocio ministerial, esencialmente distinto aunque ordenado al común, sirve a esa participación presidiendo sacramentalmente en nombre de Cristo Cabeza (LG 10). La participación «consciente, activa y fructuosa» no equivale a multiplicar funciones externas: incluye escuchar con fe, responder, cantar, guardar silencio, ofrecerse con Cristo, comulgar y prolongar en la caridad lo celebrado (SC 11.14).

4 Creación e historia abiertas a la vida trinitaria

La liturgia revela la forma trinitaria de la salvación: el Padre es fuente y término de toda bendición; el Hijo, encarnado, muerto y resucitado, realiza la obra salvadora; el Espíritu Santo prepara la asamblea, recuerda a Cristo, actualiza su Misterio y produce la comunión (CCE 1077-1083; 1091-1109). Por eso la doxología eucarística resume la lógica de todo culto cristiano: por Cristo, con él y en él, al Padre, en la unidad del Espíritu Santo.

La creación se hace lenguaje sacramental. Agua, pan y vino, aceite, luz, cuerpo, voz, silencio y tiempo son realidades creadas que, asumidas por la Palabra y el Espíritu, manifiestan y comunican la gracia. No actúan mágicamente: reciben su sentido de la economía de la salvación y de la acción de Cristo en la Iglesia (CCE 1145-1152). Así, la materia creada no es abandonada, sino incorporada a la alabanza y destinada a la transfiguración.

La historia se convierte en historia de salvación. La liturgia no evade el tiempo: hace presente el acontecimiento pascual en el hoy de la Iglesia, transforma la existencia y anticipa la plenitud futura. En la liturgia terrena se participa ya de la liturgia celestial, aunque todavía en espera del retorno glorioso de Cristo (SC 8; CCE 1090.1107). Abrirse a la vida trinitaria significa recibir ahora la comunión filial y fraterna que alcanzará a la creación entera en la consumación.

5 El Misterio Pascual, centro de la liturgia

El centro no es una idea abstracta ni un episodio aislado de la biografía de Jesús, sino el acontecimiento pascual en el que culmina toda su existencia filial. Sacrosanctum Concilium comprende bajo esta categoría su Pasión, Resurrección y gloriosa Ascensión: por su muerte destruyó nuestra muerte y por su resurrección restauró nuestra vida (SC 5; CCE 1067). Pentecostés comunica el Espíritu del Resucitado e inaugura el tiempo sacramental de la Iglesia (SC 6; CCE 1076).

Por qué es el centro.

- En la Pascua se realiza de modo definitivo la redención del hombre y la perfecta glorificación de Dios: son los dos movimientos de toda liturgia (SC 5.7).
- La muerte y resurrección constituyen la nueva y eterna Alianza. El Hijo entrega su vida al Padre por nosotros y comunica su vida nueva a la humanidad.
- Toda celebración deriva de este acontecimiento: el Bautismo injerta en la muerte y resurrección de Cristo; la Eucaristía proclama y hace presente su Pascua; los demás sacramentos despliegan su fuerza salvadora (SC 6; CCE 1113).
- El Resucitado permanece presente en la asamblea, el ministro, la Palabra y los sacramentos; de modo eminente, bajo las especies eucarísticas (SC 7; CCE 1088).

Criterio hermenéutico: todo elemento litúrgico -Palabra, signo, ministerio, tiempo o espacio- debe leerse desde su relación con la Pascua de Cristo. Si se separa de ella, el rito se vuelve arqueología, estética o formalismo.

6 La liturgia como memorial del Misterio Pascual

En la Biblia, memorial no equivale a recuerdo psicológico. El zikkaron de Israel es una celebración en la que las maravillas realizadas por Dios se proclaman como fundamento eficaz de la Alianza presente: la generación celebrante se reconoce alcanzada por la liberación del Éxodo (Ex 12,14; Dt 5,2-3). Este trasfondo permite comprender el mandato de Jesús: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24-26).

La anámnesis cristiana proclama y celebra la acción definitiva de Dios en Cristo. No reproduce la Última Cena como teatro, ni repite el sacrificio de la cruz, ni se limita a suscitar sentimientos. El Misterio Pascual ocurrió «una vez para siempre», pero, al participar de la eternidad del Resucitado, no queda encerrado en el pasado (Hb 7,27; 9,12; CCE 1085). Por la acción del Espíritu, la liturgia actualiza y hace presente el único acontecimiento salvador; se repiten las celebraciones, no el Misterio (CCE 1103-1104).

PALABRA	Proclama las maravillas de Dios y suscita la fe de la asamblea.
ANÁMNESIS	La Iglesia recuerda ante el Padre la Pascua de Cristo, da gracias y ofrece en unión con él.
EPÍCLESIS	Invoca al Espíritu para que haga presente la acción de Cristo y transforme dones y participantes.
COMUNIÓN	El don celebrado fructifica como unión con la Trinidad, unidad eclesial, misión y caridad.

El memorial contiene las tres dimensiones del tiempo cristiano: memoria agradecida de la Pascua, presencia sacramental de su eficacia y espera escatológica de la venida del Señor: «proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1 Cor 11,26).

7 El Año Litúrgico: pedagogía sacramental del Misterio

La Iglesia no distribuye en el calendario simples recuerdos de la vida de Jesús. A lo largo del año despliega el único Misterio de Cristo, desde la Encarnación y el Nacimiento hasta la Ascensión, Pentecostés y la espera de su venida; al recordarlo, abre a los fieles sus riquezas para que puedan entrar en contacto con ellas y llenarse de la gracia de la salvación (SC 102; CCE 1163). Por eso su pedagogía es más que didáctica: es mistagógica y sacramental.

DOMINGO	Fiesta primordial y Pascua semanal: la Iglesia se reúne por tradición apostólica para escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía y anunciar la resurrección (SC 106).
PASCUA ANUAL	El Triduo y el ciclo pascual son el núcleo del año; los demás tiempos iluminan aspectos inseparables del único Misterio.
CICLO DE CRISTO	Adviento, Navidad, Tiempo Ordinario, Cuaresma y Pascua educan la fe mediante Palabra, oración, signos, ayuno, fiesta y misión.
MARÍA Y SANTOS	No compiten con Cristo: manifiestan los frutos de su Pascua en los miembros glorificados de su Cuerpo (SC 103-104).

8 «Culmen y fuente» de toda la acción de la Iglesia

La expresión debe leerse en sus dos direcciones. La liturgia es culmen porque la evangelización, la catequesis, el apostolado y la caridad tienden a reunir a los hijos de Dios para alabar al Padre, participar en el sacrificio de Cristo y comer la Cena del Señor. Es fuente porque de la Pascua celebrada -sobre todo de la Eucaristía- mana la gracia que santifica, edifica la comunión e impulsa a la misión y a la caridad (SC 10; LG 11; CCE 1071-1072).

HACIA EL CULMEN	Anuncio > fe y conversión > Bautismo y catequesis > asamblea y Eucaristía > glorificación de Dios.
DESDE LA FUENTE	Palabra y sacramentos > gracia y comunión > vida nueva > caridad, testimonio y misión > mundo ofrecido al Padre.

Esta primacía no autoriza un liturgicismo. La liturgia no agota la actividad de la Iglesia: presupone anuncio, fe y conversión, y exige obras de caridad, piedad y apostolado (SC 9). Tampoco absorbe toda la vida espiritual: la oración personal y los ejercicios piadosos tienen su lugar, pero han de armonizar con los tiempos litúrgicos, derivar de la liturgia y conducir a ella (SC 12-13). Su fecundidad reclama una participación interior y exterior, consciente, activa y fructuosa (SC 11).

Síntesis para una respuesta de examen

La liturgia cristiana es la acción sacerdotal de Cristo y de su Iglesia. En continuidad con la apertura religiosa de la humanidad y con el culto memorial de Israel, introduce una novedad radical: por el Espíritu Santo, la Iglesia participa en la entrega filial del Hijo al Padre y convierte la existencia en culto verdadero. Su centro es la Pascua de Cristo, acontecimiento único que la celebración no repite, sino que hace presente sacramentalmente como memorial. El Año Litúrgico despliega pedagógica y mistagógicamente ese único Misterio, con el domingo y la Pascua anual como ejes. Así, la liturgia es culmen de la misión eclesial y fuente de su gracia, comunión, caridad y testimonio, sin agotar toda la acción de la Iglesia (SC 7.9-10.102.106).

Textos clave: Jn 4,23-24; Rom 12,1; Hb 7-10; 1 Cor 11,23-26; SC 5-11.26.102-106; LG 10-11; CCE 1066-1112. Bibliografía de contraste: M. Augé, Liturgia. Historia. Celebración. Teología. Espiritualidad; J. L. Gutiérrez, Liturgia. Manual de iniciación; M. Kunzler, La liturgia de la Iglesia; J. López Martín, La liturgia de la Iglesia.